

RAFAEL

Decían que mi abuelo Rafael era un señor muy simpático que adoraba a su familia y especialmente a nosotros, sus nietos Pili y Toño.

Mi abuelo Rafael iba todos los días a recibirnos a la salida del colegio y luego nos llevaba a su casa a comer.



El día de mi cumpleaños me sentía fatal. Todavía no me había llamado mi abuelo para felicitarme y me extrañó mucho. Así que decidí ser yo quien le llamase para ver qué tal había dormido y si se acordaba de felicitarme. Hablamos durante un buen rato, pero nada. Entonces decidí comentarle si quería acercarse hasta casa para comer. Lo último que quería era enfadarme

con el abuelo por no felicitarlo. Además, sabía que mi abuelo se iba a sentir muy mal por no haberse acordado de un día tan especial.

El abuelo Rafael vino a comer y durante la comida tampoco se acordó de mi cumpleaños. En el postre ya no pude aguantarme y se lo dije. Se había olvidado por completo de felicitarlo. A mi abuelo le pilló de sorpresa. Me dijo que lo sentía que era la edad, que se le olvidaban las cosas.

Pero según iba pasando el tiempo a mi abuelo Rafael se le iban olvidando cada vez más cosas.

Un día, al salir del colegio nuestro abuelo no estaba allí, esperándonos como de costumbre. Toño y yo pensamos que habría tenido que ir al médico o algún sitio y que se vio justo de tiempo. Esperamos, pasó media hora y allí no apareció. Decidimos ir entonces a su casa para ver qué había pasado. Mi hermano Toño le dijo que no había ido a buscarlos, que se le había olvidado, lo mismo que el cumpleaños mío. El abuelo nos dijo que no se quería enfadar con nosotros pero que ya nos dijo claramente que se estaba mayor y que no se acordaba de las cosas. No lo entendimos porque las cosas no se olvidan tan rápidamente. ¡Era del todo imposible!



Pasaron los días, las semanas y los meses y cada vez tenía menos memoria. Mi familia lo había observado y pensó que lo mejor era esperar, pero al final no hubo más remedio que llevarle al médico. Él nos aclaró qué le estaba pasando. Sin embargo, fue lo mismo que nos decía el abuelo Rafael. ¡Es la edad!

Al cabo de un mes, mi abuelo no recordaba ni su nombre ni su edad. Eso era bastante serio, así que otra vez fueron a la consulta. Después de muchas pruebas y un tiempo de espera, salimos de dudas. El abuelo Rafael tenía Alzheimer, una enfermedad con la que olvidas todo y repites muchas veces lo mismo en la misma conversación. Y como el abuelo vivía solo, el médico nos aconsejó que a partir de ese momento iba a necesitar de una vigilancia y atención continuada. Y es que podía salir a la calle y no saber regresar; o no acordarse de comer y ni tan siquiera tomarse la medicación.



En fin, mi hermano y yo sentimos mucho habernos enfadado con el abuelo cuando nos enteramos de que tenía Alzheimer. Le pedimos disculpas pero no sabía de lo que le hablábamos.

A partir de ese diagnóstico, nuestro abuelo Rafael se quedó a vivir en nuestra casa durante dos años y medio. Luego, mis padres decidieron llevarle a una residencia en la que antes había estado su mujer, mi abuela, y en la que trabajaba su otro hijo Luis. Hasta allí, íbamos sus nietos, mi hermano Toño y yo a visitarle, y a pasear tratando de que no se olvidara de nosotros.

